



D.^o IGNACIO COMONFORT.

Tomó posesion de la presidencia el 11 de Dbr. de 1855 por decreto del presidente Alvarez y electo presidente constitucional prestó juramento en 1.^o de Dic.^o de 1857, terminando su administracion el 21 de Enero del siguiente año.

Véase Murguía e hijos.

Ignacio Comonfort

188

... vio obligado a sostener con los revolucionarios indios del Sur que continuamente inquirían la jurisdicción de su mando: uno de los más notables fue el del curato de Atlix, que, desde un retiro en el sitio de San Juan, mandó a sus soldados a combatir a los indios que se levantaron en su contra. Este hecho, que se vio obligado a romper el sitio y apoyar en un pequeño retiro que se le ocurrió para una salida y logró escapar y detener a sus enemigos. Fue electo en los Congresos de 1812 y 1816, después de haber sido general de Santa-Anna y el otro por el de igual clase Paredes, y habiendo cooperado a la revolución que trajo el régimen constitucional. Fue electo miembro del Ayuntamiento de Puebla y presidente de la parte Oeste del Estado de México, hasta la invasión norteamericana, en cuyo tiempo se portó con denodo y decisión, ocupando el puesto de comandante de la milicia. En 1818, cuando se levantó el ejército de D. Agustín de Iturbide, se le dio el empleo de capitán de la guardia de D. Agustín de Iturbide, de donde fue separado por una disposición de D. Agustín de Iturbide.

D. IGNACIO COMONFORT.

VENCIDAS las dificultades que trajo la vacilación del general Alvarez, para entregar el Poder al Sr. Comonfort, á quien él mismo nombró Presidente sustituto, tomó este caudillo de la libertad posesion de la Presidencia el 11 de Diciembre de 1855. Juzgado por sus antecedentes, por los numerosos servicios que prestó á la revolución y por la confianza que inspiró á la sociedad, concibieron los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas. Subió Comonfort á la Presidencia, no en el momento favorable de la victoria, sino cuando ya habia pasado el entusiasmo que ella causó; cuando se habia dividido el partido triunfante y habia que luchar á brazo partido con la reaccion, y en circunstancias en que como caudillo habia perdido mucho del prestigio que le rodeara. Antes de esta época no ofrece grande interes la vida de Comonfort, aunque no era extraño á la política, desliziándose tranquila en el seno de la familia donde ejercia los rasgos de nobleza y de virtud doméstica que le caracterizaban. Nació en la ciudad de Puebla el 12 de Marzo de 1812, siendo sus padres el teniente coronel D. Mariano Comonfort y Doña María Guadalupe de los Rios; á los catorce años comenzó á estudiar en el colegio Carolino, de la misma ciudad, bajo la direccion de los padres jesuitas. Apenas tenia veinte años, en 1832, tomó parte en el pronunciamiento que contra el general Bustamante acaudilló Santa-Anna, y se encontró en la famosa accion de San Agustín del Palmar y en la toma de Puebla; en el sitio de México ya era capitán de caballería, con cuyo empleo se batió en Tacubaya, Casas-Blancas, Zumpango, San Lorenzo y Posadas, dando pruebas indudables de sus talentos militares, su arrojo y sangre fria, hasta que los convenios de Zavaleta pusieron fin á la revolución, y fué nombrado comandante militar de Matamoros Izúcar, en cuyo Distrito tenia bienes de familia.

Después, cuando el general Arista, pronunciado por «Religion y Fueros,» puso sitio á Puebla con muy superiores fuerzas, defendió uno de los puntos más espuestos, y rechazado el jefe reaccionario se retiró Comonfort á su empleo de comandante militar. En 1834 volvió á defender el último baluarte que habia quedado á la libertad en Puebla, sitiada por el general Victoria de orden de Santa-Anna. Al sucumbir allí el partido de la libertad retiróse Comonfort al seno de su familia, en donde permaneció cuatro años hasta que fué nombrado prefecto y comandante militar del distrito de Tlapa, puesto en que llevó á cabo muchas mejoras materiales, no obstante los frecuentes combates que se

vió obligado á sostener con los revoltosos indígenas del Sur que continuamente inquietaban la jurisdiccion de su mando; uno de los más notables fué el del curato de Atlitac, donde con veinticuatro soldados, casi sin parque, sostuvo el sitio que le pusieron dos mil indígenas sublevados que querian asesinarle; á los cinco dias, careciendo completamente de víveres, se vió obligado á romper el sitio, y apoyado en un pequeño refuerzo que se le enviaba hizo una salida y logró dispersar y derrotar á sus enemigos. Fué diputado en los Congresos de 1842 y 1846, disueltos, el uno por el general Santa-Anna y el otro por el de igual clase Paredes, y habiendo cooperado á la revolucion que trajo el régimen constitucional, fué electo alcalde 3º del Ayuntamiento en la capital y prefecto de la parte Oeste del Estado de México, hasta la invasion norte-americana, en cuya lucha se portó con denuedo y decision, ocupando el peligroso empleo de ayudante del general en jefe, y formó parte del Congreso reunido en Querétaro. En el siguiente año, 1848, fué electo senador, y luego visitador y administrador de la aduana de Acapulco, empleo que dejó para ocupar la curul de diputado; volvió á la aduana de Acapulco como administrador, de donde fué separado por tiránica é injusta disposicion de Su Alteza, achacándole defectos que no tenia, pues era leal y honrado.

Su amor á la libertad volvió á lanzarlo al combate en que resaltaron sus cualidades y sus virtudes, y el cesarismo encontró en Comonfort el más terrible de sus enemigos, haciendo fracasar las mejores combinaciones de la Dictadura. De acuerdo con D. Juan Alvarez y otras personas de influencia en el Sur, proclamó la revolucion por medio del Plan de Ayutla reformado en Acapulco, donde le aclamaron jefe las tropas y la marina; allí detuvo las fuerzas que condujo Santa-Anna; dirigió proclamas é impulsó la revolucion de cuantas maneras le fué posible, haciendo un viaje á los Estados-Unidos con objeto de buscar recursos. A su regreso organiza la revolucion y se embarca en Acapulco para ir al centro de la República, despues de haber impedido el derramamiento de sangre, salvando de la muerte á Zuloaga y otra porcion de gefes prisioneros. Habiendo pasado al Sur una comision de los caudillos de Michoacan, para solicitar del general Alvarez un jefe de valor, capacidad y prudencia, que se pusiera al frente de la revolucion en ese Departamento, fué designado el jefe Villareal, pero impidiéndole partir el estado que guardaba su salud, suplicó Comonfort al general Alvarez que le enviara al centro de la República; mas siendo Comonfort su consejero, le fué preciso mucha firmeza é inteligencia para lograr que se le nombrara general en jefe del ejército del interior. Embarcado en Acapulco en compañía de Zuloaga y de una parte de la brigada que con él capituló, arribó á Zihuatanejo y emprendió su marcha por la costa y el Sur de Michoacan, hasta llegar á Ario donde estableció su cuartel general; desde ese momento la revolucion tomó nueva vida, fueron refrenados muchos malvados que invocando á la libertad saqueaban pueblos y haciendas y ejercian espantosas depredaciones, violencias y asesinatos. Expidió una circular prohibiendo los desmanes de que se quejaban los pueblos y estableció reglas para la esacion de los artículos indispensables á la subsistencia de las tropas, amenazando con nuevos castigos á los infractores; exhortó á los pueblos de Michoacan á que hicieran el último esfuerzo por el triunfo de la libertad, ya próximo, y se manifestó decidido campeón de las propiedades y del bien público.

Su presencia en Michoacan determinó la marcha de Santa-Anna para hacer esa campaña, y tan luego como el Dictador regresó á México se dirigió Comonfort á Jalisco, en Zapotlan derrotó al general D. Plutarco Cabrera, entró á Colima, por medio de un convenio, y en marcha para Guadalajara supo en Acatlan el 20 de Agosto, que Santa-Anna

habia abandonado el Poder. En Guadalajara, donde fué recibido con entusiasmo, dictó las disposiciones convenientes para que la revolucion marchara á su fin y rehusó reconcocer al gobierno del general Carrera, usando palabras que tenian el acento de profunda conviccion; en una circular dada el 28 de Agosto declaró que el general en jefe de la revolucion no era otro que el general D. Juan Alvarez; dejó á Guadalajara el 8 de Setiembre y pasó á Lagos para tener una conferencia con los Sres. Haro y Tamariz y Doblado, caudillos de otros movimientos políticos, quienes aceptaron el Plan de Ayutla con la condicion de que subsistiera el ejército con reformas. Todo el tránsito de Comonfort hasta Lagos y de allí á Cuernavaca fué una série de ovaciones, dándole el pueblo muestras inequívocas de cariño; en Tlalnepantla tuvo una conferencia con los Sres. D. Luis de la Rosa y D. Ezequiel Montes, de allí pasó á Tlalpam y luego á Cuernavaca, donde asistió á la eleccion del general Alvarez para Presidente de la República, obteniendo Comonfort algunos votos. Fué nombrado por Alvarez general en jefe y ministro de la Guerra; en este puesto, sus ideas, ménos exaltadas que las de sus colegas, trajeron la division y el retardo de los negocios, hasta que el general Alvarez le nombró sustituto suyo, porque los pronunciamientos que á mano armada aparecieron en favor de Comonfort amenazaban establecer la anarquía en México, y tomó la Presidencia el 11 de Diciembre.

Sin embargo del carácter contemporizador del Presidente sustituto, comprendió que le era forzoso sostener las principales disposiciones dictadas por el general Alvarez y que debia ser consecuente con el espíritu de la revolucion que él mismo habia acaudillado; por eso tuvo que luchar sin descanso encontrándose frente á frente con una fuerte oposicion. A los dos dias nombró Ministerio llamando para componerlo á los Sres. D. Luis de la Rosa, para Relaciones exteriores; D. Ezequiel Montes para Justicia, Negocios Eclesiásticos é Instruccion Pública; á D. Manuel Siliceo, para Fomento; encomendó al Sr. Lafragua el Interior; el difícil ramo de Hacienda al Sr. D. Manuel Payno y lo relativo á la Guerra quedó encargado al general D. José María Yañez, quien por estar ausente no prestó desde luego el respectivo juramento; puestos de acuerdo los ministros en la marcha que debia seguir la administracion, redactaron un programa, aceptado por Comonfort, desarrollando los principios democráticos proclamados en el Plan de Ayutla. La Nacion recibió bien el primer paso dado por el Presidente, pues los antecedentes de los ministros eran una garantía de que iba á reinar la libertad, á restaurarse el orden y la moralidad en la administracion que se proponia el desarrollo de la reforma ilustrada y democrática; inteligentes, honrados y laboriosos llevaron al Poder la sávia de su actividad y la buena fé de sus intenciones. D. Luis de la Rosa era reconocido por eminente hombre de Estado, habia conducido prudentemente la administracion en 1848, y tenia ideas progresistas y prácticas en política y administracion; sabíase bien de él, que enemigo constante de la tiranía no podria aceptar las persecuciones y las venganzas; economista, diplomático y dotado de notables conocimientos científicos, llevó al gobierno, con la ilustracion y las ciencias, las ideas liberales; él fué quien inició la política que era conveniente seguir con las naciones extranjeras: queria amistad franca, buena fé en el cumplimiento de los compromisos internacionales, y exclusion absoluta de toda intervencion extranjera en nuestros asuntos. El Sr. Montes, jurisconsulto notable y hombre de extraordinaria memoria, era nuevo en la política, la enseñanza pública le debia algunos servicios y poseia convicciones liberales. El Sr. Siliceo, tambien nuevo en el Poder, dotado de las luces necesarias para promover toda clase de mejoras materiales, era amante del progreso y como tal se debia

esperar que desarrollara todos los elementos de riqueza y de prosperidad que atesora México. Ya el Sr. Lafragua era bien conocido por haber despachado en el ministerio del Interior, haciéndose notar por la ley de imprenta que expidió, cuyas tendencias liberales decían claramente cuáles eran sus opiniones; al Sr. Payno, que tomaba la muy difícil tarea de dirigir la Hacienda, le habían dado á conocer algunos trabajos bastante útiles, como la liquidación de la deuda interior y la organización del crédito público; y finalmente, el Sr. Yañez gozaba bastante prestigio militar por haber defendido el territorio nacional, y mostrándose magnánimo en la victoria y digno en la desgracia.

El programa del Ministerio se oponía á toda desmembración del territorio nacional, se proponía evitar la guerra civil usando de conciliación y prudencia, y apelar tan solo en último extremo á la fuerza física. Facilitar y expedir la reunión del Congreso Constituyente, dando lo más pronto posible un Estatuto Orgánico que regiría hasta que fuera restablecido el orden constitucional, era una de las primeras ofertas del Ministerio; prometía también una ley sobre garantías individuales, otra sobre imprenta, organizar la policía para la seguridad y la guardia nacional dejando en libertad á los ciudadanos para inscribirse; la construcción de penitenciarías, la libertad é independencia de los municipios, la abolición de contribuciones y monopolios, y prohibir á los Ayuntamientos que intervinieran en asuntos políticos; halagaba al pueblo ofreciéndole la supresión de costas judiciales y la mejora de cárceles, y se reservaba el gobierno externar sus opiniones en los asuntos eclesiásticos que tanta circunspección y detenimiento demandaban; un nuevo arancel, donde se conciliaran la libertad y franquicias del comercio con la protección debida á la industria nacional, así como un presupuesto ordenado y moralizado para los gastos de la Nación, constituyeron otras promesas, que con la de dejar adquirir bienes nacionales á los extranjeros, reformar la Ordenanza de Minería y arreglar convenientemente las exposiciones públicas, completaban el magnífico cuadro de la administración que iba á conducir á la República por una nueva vía.

Las más halagüeñas esperanzas infundió ese Ministerio que ofrecía realizar las promesas de la revolución, y también reanimáronse los espíritus por haber sido derrotados los filibusteros en la Baja-California. Pero no bien aparecían en el horizonte de la política los brillantes arbores de una feliz aurora, cuando se presentaron las primeras nubes que auguraban un día borrascoso á la Reforma, y anunciaron cambios en el sér de México. Al siguiente día de haber tomado Comonfort posesión de la Presidencia, se verificaba en Puebla el primer motín, en la larga serie de otros muchos que tantos males iban á causar. En aquella ciudad se dijo que el obispo iba á ser desterrado, y poco después de la oración, el día 12, se oyó el toque de arrebato en la Catedral y algunos individuos de la clase pobre trataron de sorprender los cuarteles, uniéndose á los dragones que se desprendieron de Amozoc, pertenecientes á la brigada del general Güitán; pero rechazados se hicieron fuertes en los alrededores del palacio episcopal, y en la mañana del 13 fueron disueltos, regresando á Amozoc las fuerzas de Güitán, que siguieron rumbo á Zacapoaxtla, cuyos habitantes unidos á los de Tatlauqui y Tetela se habían rebelado contra el gobierno proclamando las Bases Orgánicas, con pretexto de la ley de justicia que dió el Sr. Juárez desafiando á medias á los sacerdotes y á los militares. Güitán estaba comisionado para reducir al orden á los indígenas de Zacapoaxtla, y en vez de cumplir su comisión se reunió al cura párroco D. Francisco Ortega y García y se pronunció contra el gobierno secundándole el jefe Olloqui. El

obispo de Puebla, Sr. Labastida, publicó una carta aparentando que guardaba armonía con el gobierno; exhortó á los pueblos de la Sierra de Zacapoaxtla á que depusieran las armas y volvieran á sus ocupaciones ordinarias, en tanto que la prensa reaccionaria combatía al gobierno con energía, haciéndose notar por la vehemencia de sus escritos «La Sociedad,» el «Universal,» y también la «Cruz.»

Los desórdenes de la Sierra de Zacapoaxtla obligaron al gobierno á buscar recursos en una Junta de capitalistas reunida en el ministerio de Hacienda: en ella fueron colectados cien mil pesos que se ofreció quedarían pagados con lo que produjera la venta de los vapores que habían sido enviados á Inglaterra. Las primeras fuerzas que marcharon sobre Zacapoaxtla iban al mando del general La Llave, acompañado del coronel Artega y teniente coronel Calderón; pero defecionaron las tropas contaminadas por los sublevados, y habiéndose unido á ellos el coronel Osollos, tomó el mando de la infantería y entró á Teziutlan, mientras que las caballerías, mandadas por el general Güitán, recorrían los Llanos de Apam. También en Oaxaca tres sacerdotes y un capitán español levantaron á varios individuos del pueblo, pidieron que subsistieran los fueros eclesiástico y militar y fué llamado al gobierno el general D. J. M. García, quien aceptó el pronunciamiento y concluyó una transacción con el general Mejía, jefe de la guardia nacional; pero no admitiéndola los sublevados, se derramó mucha sangre combatiendo. En Zacatecas fué descubierta una conspiración en la que estaban comprendidos los frailes Bizcarra y Tovalina. Cerca de Celaya desconoció Pedro Avila al gobierno de Comonfort; también en Tepic acaudilló la sublevación el capitán de navío D. José M. Espino, y el jefe Uraga, que ya libre proclamó en Sierra-Gorda las Bases Orgánicas, se dirigía desde Toliman á todos los que mandaban tropas para que le secundaran, y ofreció que ayudaría á la formación del nuevo Estado de Iturbide; mas recibió negativas. La actitud de Uraga en Toliman decidió la marcha de una brigada á batirlo, mandada por el general Ghilardi, al cual se sometieron los sublevados de aquel rumbo, procediendo de muy diversa manera que los de Zacapoaxtla. Otro motín que apareció en Oaxaca contra el gobernador Juárez también fué reprimido.

Las grandes dificultades para que se reuniera el Congreso Constituyente en Dolores, hicieron que Comonfort derogara el artículo de la Convocatoria que así lo disponía y que el Constituyente se instalara en la capital de la República, donde se levantaban batallones de guardia nacional y Comonfort desplegaba grande actividad; dió un manifiesto sosteniendo los principios de la revolución é invitó á sus conciudadanos á que se unieran, á la vez que expedía un reglamento provisional sobre libertad de imprenta, suprimiendo la fiscalización y la previa censura, y puso un freno á los que abusaban de la prensa por medio del anónimo; no pudiendo establecer aún la independencia entre la Iglesia y el Estado, pidió al clero, por medio del ministro Lafragua, que se hicieran rogativas por el acierto de los gobernantes. Continuamente se esparcían alarmas en Puebla, donde las pasiones estaban en grande efervescencia, y para calmarla consideró conveniente Comonfort enviar allá al general Traconis. La defección del teniente coronel Miguel Miramón, quien se unió á los revoltosos con las fuerzas que iban á batirlos, sorprendiendo al coronel Benavides y obligando á los demás jefes á que huyeran, dió un grande impulso á la reacción y confiando aún Comonfort en el ejército, hizo salir sobre los sublevados al general D. Severo del Castillo, con una brigada de mil doscientos soldados, pues este jefe nunca había cometido defección alguna, y ahora acababa de dar su palabra de fidelidad al gobernante que en él ponía su confianza. Sin embargo, le

engañó y con las tropas que mandaba se unió á los revolucionarios y tuvo Puebla que sucumbir.

Los intereses que medraban á la sombra de la tiranía no quisieron darse por vencidos al ser derrocada, y la rebelion turbó la paz pública y frustró las esperanzas del pueblo. Por todas partes eclesiásticos ignorantes y perversos sublevaban las masas invocando el augusto nombre de la religion, que nadie atacaba, si no eran los que la profanaban usándola como agente de discordia. En Puebla se predicaba contra el destierro del obispo que se daba por hecho y en Zacapoaxtla y Zapotitlan se aseguraba que la Iglesia habia tocado entredicho; en Veracruz un fraile carmelita era sorprendido en el acto de seducir á la tropa; desde el púlpito partian los rayos que iban á incendiar la sociedad, y la mayor parte de las mexicanas, entusiastas, colocó en sus pechos las cruces que manifestaban su adhesion á la religion y fueros, palabras que significaban la restauracion de los principios conservadores. La palabra religion veíase en los sombreros de muchos asesinos y ladrones, y peor que esto, salia á menudo de los labios de aquellos hombres que mayores males habian hecho á sus semejantes y que no tenian ni el valor de presentarse sin la máscara del hipócrita. Los cargos contra los eclesiásticos y los militares no pueden atenuarse, ni aun si se reflexiona que la abolicion del fuero eclesiástico hacia creer que el gobierno no se detendria en materia de reformas religiosas y que poco tardaria en abordar la cuestion de los bienes de manos muertas, sobre los que tanto discutia la prensa; los militares, disgustados con los violentos ataques de ciertos partidarios de la revolucion, á cuya cabeza estaba el Sr. Vidaurri y resentidos de las injurias que se les prodigaban, llamándolos verdugos del pueblo, creian defender con la revolucion sus intereses y sus nombres. Atendiendo á estas consideraciones se procuraba disculpar á aquellas dos clases amenazadas, y se consideraba natural que temieran mucho y se aprestaran á la defensa, no obstante que al clero le estaban vedados los medios de que usó, si habia de atender á las palabras del Salvador sobre que su reino no era de este mundo, y los militares debian obedecer á los gobiernos establecidos.

Cualquiera que hubiera reflexionado desapasionadamente, habria predicho por parte de quién estaria el triunfo, si por la reaccion capitaneada por individuos que creian que matando al hombre moria la idea, y que consideraban la fuerza brutal como único fundamento de la autoridad, ó por sus contrarios. Los reaccionarios veian perderse sus intereses y que las nuevas ideas ponian un límite á sus desmanes, y entonces, no encontrando otra bandera más popular á cuya sombra se salvaran, protestaron defender la religion que nadie atacaba y los derechos del ejército que precisamente al triunfar la revolucion de Ayutla encontró no solamente perdon, sino la mano amiga y protectora de Comonfort. Los reaccionarios carecian de una cabeza á la que respetaran y entre ellos imperó la division; unos invocaban el sistema federal y otros querian el restablecimiento de las famosas Siete Leyes, de que nadie habia vuelto á acordarse. El fanatismo religioso, el despotismo, la leva, los ataques á la propiedad, el aumento de las contribuciones, el silencio de la prensa y la falta de leyes fundamentales, hé aquí lo único que la sociedad esperaba del triunfo de la reaccion. El estado del país hacia presentir que la reunion del Congreso no podria tener efecto, pues á la desorganizacion política habia que añadir la falta de tiempo, no contando más que con dos meses para ello, y en tal evento ¿qué seria de México? Los motines acaudillados por Güitán, Osollos y algunos curas, presentaban un carácter tan disgustante, que suscitaron contra ellos el

odio de muchas clases de la sociedad, y el gobierno, que era la expresion de la opinion pública, creyó fácil vencer á los reaccionarios apoyado por el pueblo y con el auxilio de Dios.

Descaradamente conspiraban los reaccionarios prominentes, y teniendo noticia el Sr. Comonfort de que lo hacian los Sres. Haro y Tamariz, Pacheco y Zires, les hizo salir de la capital con destino al exterior; varios gefes y oficiales recibieron orden de marchar á diversos puntos del país, á causa de ciertos documentos encontrados en casa del Sr. Haro, uno de los cuales, anónimo, proclamaba emperador á D. Agustin Iturbide, el mayor, y en caso de que no aceptara el mismo Sr. Haro habia de ocupar su lugar, la nacion se denominaria «Imperio de Anáhuac,» y no admitiria más religion que la apostólica, católica, romana. D. Antonio Haro y Tamariz, ya bastante conocido por sus trabajos revolucionarios, vivia, al parecer, retirado de la política; pero atizaba la revolucion no obstante que de Comonfort habia recibido las mayores consideraciones y pruebas de estimacion y afecto: habíale pedido consejo sobre asuntos graves de Estado, porque Haro tenia indisputable capacidad, cuando no le cegaba la ambicion, y hasta le habia ofrcido una legacion en Europa, empleo que rehusó; el gobierno tenia datos para probar á Haro que conspiraba, pero disimulaba procurando no empujar á este individuo á las vías de hecho del rebelde; en nombre de la amistad y de la Patria le suplicó Comonfort, en una conferencia, que se abstuviera de fomentar disturbios que tan solo traerian males á la Nacion; Haro quiso dar á sus respuestas un tono de ligereza que no venia bien con la gravedad del asunto, y habiendo llegado al gobierno nuevos datos, dió la orden de prision contra Haro y le envió á Veracruz; mas como no se tomaran las precauciones que eran necesarias con un sugeto de la categoría de Haro, se fugó en un punto llamado Salsipuedes, poniéndose de acuerdo con el cochero, quien azotó á los caballos cuando los que custodiaban al preso acababan de entrar en la diligencia, y ántes de que Haro montara. De allí pasó á reunirse con los sublevados de Zacapoaxtla por quienes fué reconocido gefe.

Tambien en Tlacotalpam mandó el cura cerrar la iglesia; en Chihuahua hubo un motin á consecuencia de la famosa ley de fueros ya publicada por toda la República, no obstante la alarma en que el clero tenia al país, faltando á su mision evangélica que le ordena someterse á las potestades de la tierra en materia de intereses; segun las ardientes exhortaciones de los eclesiásticos parecia que los principios liberales se oponian al Cristianismo y que el sistema republicano reñia con la justicia y el orden. Por desgracia, en aquella época, varios religiosos no solamente sirvieron de emisarios á los descontentos y abusaron del púlpito en los templos más concurridos para excitar á la desobediencia, sino que provocaron la sedicion en los mismos cuarteles y prorrumpian públicamente en exclamaciones contra las leyes del país sin que los obispos se dieran por apercebidos de ello. Los curas procuraban que disminuyera el número de suscritores á los periódicos liberales, representaban como herejes á los gobernantes y á todos los que tenian ideas progresistas, pero el más terrible de todos los cargos contra el clero es el relativo á la inversion que hacia de los bienes de la Iglesia, empleándolos en pagar las fuerzas reaccionarias, distrayéndolos de los fines piadosos á que estaban dedicados, para dilapidarlos y causar muertes, robos y todo género de calamidades. En Morelia se sublevó en la mañana del 11 de Enero (1856) el batallon de Matamoros, y al grito de mueran los impíos y viva Uraga, fueron desarmados los escuadrones de Huerta y Puebla y los gendarmes. Pero el suceso que más animó á la reaccion y la puso á punto

de triunfar fué la defeccion del coronel Castillo en el pueblo de San Juan de los Llanos, dando ese gefe un ejemplo notable de inmoralidad y de la más negra ingratitud, olvidando que al confiarle Comonfort las tropas habia apelado á la hidalguía y á la lealtad del caballero que jamás habia defecionado. La idea que tenia Castillo del pundonor militar le lanzó por la vía del error: creia que el gobierno no debió haber mandado al «ejército» para que se batiera con el «ejército», y fundándose en que le faltaban recursos, se adhirió á la revolucion; despues de la fórmula de tratar en una Junta lo que debia hacerse, envió á Zacapoaxtla una comision para que se arreglara con D. Antonio Haro y Tamariz á quien proclamó presidente, y todos los gefes de la brigada se adhirieron á la revolucion, ménos el coronel Arteaga y el teniente coronel Flores.

Haro pidió el restablecimiento de las Bases Orgánicas de 1843, y mientras se reunia el Congreso por ellas llamado habia de gobernar un Presidente nombrado por el gefe del movimiento y ampliamente facultado; las Bases serian reformadas por el Congreso. Los caudillos Haro, Güitán y Castillo circularon el Plan por medio de cartas que los tres firmaron. La defeccion de Castillo fué considerada en cierta manera como un bien, puesto que colocaba á los hombres en su verdadero puesto, y el partido gobiernista conoció cuán mal habia procedido empleando la lenidad y procurando atraerse por la conciliacion á individuos que no querian más que dominar y oprimir al país, que entonces dió una prueba plena de que amaba la libertad. Los sucesos de la Sierra de Puebla dieron nuevo aliento á los pronunciados en otros Estados: los de S. Luis Potosí, á cuyo frente estaba el coronel Calvo, avanzaron hasta las puertas de la capital; en Querétaro desertó todo un batallon para unirse á los pronunciados de la Sierra; una parte del 4º ligero se sublevó en la villa del Valle: llamando á la Presidencia el cabecilla Jesus Carmona al general más antiguo, proclamaba Religion y fueros, la restauracion del ejército y convocaba un Congreso electo por clases; aumentaban los sublevados que aparecieron por Jalisco, y continuaban en las sierras cercanas á Tepic los que acaudillaba Lozada; en Texcoco se levantaron varios militares cuyos pechos veíanse adornados con cruces; á Zimapam entraban los pronunciados lo mismo que á Alfajayucan é Ixmiquilpam, y para combatirlos revistió el Consejo de gobierno del Estado de México al gobernador Plutarco Gonzalez, con facultades extraordinarias; tambien el distrito de Zongolica se vió devastado por los reaccionarios. Los generales Andrade entraron al Real del Monte é impusieron un préstamo de diez mil pesos.

Aproximándose á Puebla las fuerzas de Haro, atacáronla incontinenti pero fué defendida por la actividad del coronel Negrete y el valor del general Traconis. La falta de elementos, pues todos los habia sacado el gefe Castillo, obligó al comandante general Traconis y al gobernador Ibarra á entrar en pláticas con los sublevados, consiguiendo las fuerzas de la plaza salir con los honores de guerra y tres cañones. El abandono de esa ciudad fué indispensable, no pudiendo auxiliarla los refuerzos que de la capital y del Estado de Veracruz pasaron á protegerla; pero el gobierno de Comonfort tenia los elementos bastantes para recobrarla y el pueblo, en cuyos brazos se arrojó, manifestó que sus sentimientos eran contrarios á la reaccion; cinco mil soldados, llevando sus banderas benditas por el gefe de la Iglesia mexicana, en una fiesta que con el nombre de la Union tuvo lugar en el bosque de Chapultepec, al mando de los generales Villareal, Traconis, Zuloaga, Gayosso y Moreno, quedaron en observacion de la ciudad donde estaban fortificados los reaccionarios. La posicion de Comonfort no podia ser más difícil y angustiosa: los gefes en quienes ponía su confianza le vendian burlando su buena fé y no sabia

si podia confiar en el puñado de individuos que le quedaban del ejército, mientras que los reaccionarios aumentaban sus filas con amigos ya bien conocidos, y en pocos dias pasaban en Puebla de cuatro mil, organizados de una manera formidable; contábase entre ellos los gefes más distinguidos del ejército, favorecidos por las clases poderosas de la sociedad y por la propaganda del clero que invitaba á los pueblos á impedir que prevaleciera el desenfreno demagógico; un peso considerable vinieron á añadir en la balanza de la revolucion todos los que en virtud de ella habian caido, y la bandera reaccionaria de Haro era tanto más temible, cuanto que en ella estaba puesta la palabra «Libertad» al lado de la palabra «Orden,» y no faltaron liberales de buena fé que, engañados, se manifestaran adictos á una causa que no tenia más objeto que la defensa de los intereses del clero y del ejército.

Comonfort resolvió destruir tantos elementos poderosísimos acumulados en Puebla, y su decision no fué efecto de un ciego capricho sino del conocimiento que tuvo de que la voluntad del pueblo estaba de su parte. Visitaba continuamente los cuarteles de la guardia nacional, buscaba recursos, y á la par que sus ministros, desplegó prodigiosa actividad para cortar unos males y prevenir otros; hizo ceñir la capital por buenas fortificaciones, organizó violentamente tropas y ántes de un mes tenia listos diez y seis mil soldados con los que ya pudo vencer á sus contrarios; sin embargo, no abandonó los medios de magnanimidad: tendió á atraerse á los que sospechaba no eran enemigos de corazon del sistema liberal, é hizo de manera que cada uno quedara en aptitud de seguir el camino que le pareciese, al disponer que salieran de la capital los gefes y oficiales del depósito para que residieran en cuatro puntos que señaló, y que se les diera una tercera parte de la paga mensual; esos gefes y oficiales se fueron á Puebla y formaron un batallon que se llamó «La legion sagrada.» Tambien Haro dictaba en Puebla las disposiciones que creia eficaces para el triunfo de su causa y era secundado por nuevos gefes que se pronunciaban; activamente aumentaban los sublevados sus fuerzas, mejoraban las obras de defensa y creian seguro el triunfo acostumbrados como estaban, los individuos del ejército permanente, á ver con desprecio las guardias nacionales, no obstante que tenian recientes pruebas de lo que valian. Repartíanse entre los reaccionarios, en la ciudad levítica, cruces de palma forradas de raso entre los oficiales y de franela entre los soldados, teniendo todos alguna estampilla ó reliquia y una medalla de cobre; un suceso vino, entretanto, á serles contrario y á vigorizar las esperanzas del gobierno: la ocupacion de Toliman, cuartel general de las fuerzas de Uragua, por el general Ghilardi en 25 de Enero, (1856) despues de haberlos derrotado dos veces y tomado muchos prisioneros y pertrechos de guerra, suceso que hizo terminar la revolucion de la Sierra-Gorda y permitió al gobierno concentrar su atencion en las dificultades que tan de cerca le rodeaban.

Un periódico que aparecía en Puebla, titulado: «La Libertad y el Orden,» llenaba sus columnas de noticias falsas y sostenia que el gobierno era enemigo de la religion; en el mismo sentido apareció poco despues otro llamado la «Regeneracion.» Enseñoreados los reaccionarios de la segunda ciudad de la República y lisonjeando grandes intereses, consideraron que Comonfort no podia salvar tan crítica situacion; pero el caudillo de la revolucion, conociendo las aspiraciones del pueblo, vió tranquilo la tempestad y se preparó á luchar. En todo el mes de Febrero concentró en la capital las tropas que estaban en diversos puntos, pudiendo disponer de las que hicieron la campaña en la Sierra-Gorda, y llamó otras fuerzas de Guadalajara, Guanajuato, Oaxaca y Tamauli-

pas. A pesar de que la política y la guerra absorbían la atención de Comonfort, no olvidó dictar disposiciones que merecen elogios por su utilidad en favor del país: habilitó para el comercio extranjero los puertos de la Ventosa, Goatzacoalcos y el de la Paz en la Baja-California; concedió á los extranjeros que pudieran adquirir bienes raíces, mediante ciertas condiciones; declaró libre el cultivo y expendio del tabaco; estableció una Junta de caminos de hierro, el previo franqueo; concedió permiso para levantar una nueva población en un lugar de Yucatan llamado el «Progreso;» cuidó del arreglo de la deuda pública; concedió privilegio para la navegación del río Mescala y consideró tan necesaria la reunión del Congreso, que la activó de manera que el 14 de Febrero ya celebraron los diputados la primera Junta preparatoria en la que fué nombrado presidente el Sr. D. Ponciano Arriaga y secretarios D. Isidoro Olvera y D. Francisco Zarco. Tuvo que luchar también con ciertos actos de los adictos á la causa liberal, como el conflicto que suscitaron las órdenes de D. Santos Degollado, gobernador nombrado por él en Jalisco, sobre destierro de los Sres. Forbes y Barron, y ejerció un acto de moralidad dando de baja á todos los militares que estaban á las órdenes de Haró y Tamariz.

Otro motin que pudo ser de graves consecuencias estalló en Ulúa el 12 de Febrero, acaudillándolo un individuo apellidado Salcedo; proclamó el Plan de Zacapoaxtla y fueron presos el comandante de la fortaleza y los gefes y oficiales que no quisieron secundar el movimiento, lo cual alarmó mucho á Veracruz; mas quedando aislados los sublevados y sin contar con elementos, pues los pronunciados de Puebla no supieron sacar provecho de aquel suceso, un sargento de la misma fuerza de Ulúa promovió una contrarrevolucion despues de nueve días, y así concluyó el motin, siendo sentenciados seis de los cabecillas á la última pena, y otros tres á diez años de presidio; el Sr. Comonfort indultó de la pena de muerte á los primeros. La apertura de las sesiones del Congreso, el 18 de Febrero, 1856, tuvo lugar en esas tristes circunstancias; pronunciaron discursos los presidentes de la República y del Congreso, y las primeras sesiones tuvieron poco interes hasta la del 21, en que una mayoría considerable aprobó un dictámen declarando vigente el decreto que dió el general Alvarez el 8 de Diciembre por el cual entró Comonfort á la Presidencia; además, fué dado al Presidente un voto de confianza que le dejó expedito y seguro en la administracion, contando con el apoyo de la Representacion Nacional, y colocado al frente del partido liberal y progresista cuyo aprecio se captó completamente, por haber resuelto hacer frente á la reaccion que en Puebla parecia invencible. El Sr. D. Luis de la Rosa, en un convite que dió en su casa á setenta diputados que opinaban por la «Union Republicana,» logró que fuera consolidada la existencia del Ejecutivo y robustecido su prestigio, apoyándole con entusiasmo los Sres. D. Vicente Riva Palacio, D. Joaquin Degollado y D. Mariano Yañez.

Ya inauguradas las sesiones del Congreso, objeto de tantos sacrificios sufridos por espacio de tres años, era necesario mucho tacto para que no se convirtiera en mal lo que tan solo debia ser para bien de la Nacion: era forzoso evitar la pugna entre los dos Poderes Ejecutivo y Legislativo. Como las elecciones se habian hecho en medio de los rencorosos gritos de la reaccion que se abstuvo ó no pudo votar, casi todos los diputados pertenecian al partido exaltado por las ideas progresistas; no obstante esta circunstancia apénas fué desecheda por la diferencia de un voto, la proposicion del Sr. D. Marcelino Castañeda que pidió fuera declarada vigente la Constitucion de 1824, habiendo cuarenta votos por la negativa y treinta y nueve por la afirmativa. Una comision fué

nombrada para la revision de los actos del Ejecutivo, encargo difícil que hizo perder mucho tiempo y ocasionó sucesos desagradables. El Sr. Ocampo presidia la comision para formar el Código. Por supuesto la prensa conservadora comenzó sus infinitos augurios, fundando sus pronósticos en que allí no estaba representado el partido conservador, aseguraba que el Constituyente no correspondia á las esperanzas de la Nacion, porque le componian una turba de demagogos, cuyas tendencias no eran otras que enardecer los ánimos, complicar la situacion y poner obstáculos al gobierno. El proyecto de los reaccionarios era introducir la discordia entre los Poderes de la Nacion, por eso el Sr. Comonfort procuró estar de acuerdo con la mayoría del Congreso, y por lo pronto no tuvieron efecto aquellos manejos.

Los pueblos comenzaron á enviar peticiones al Congreso para que adoptara las ideas progresistas, y temiendo los Estados que triunfara la reaccion se trató entre los del interior de formar una coalicion, promovida por D. Santos Degollado, entrando en ella Jalisco, Zacatecas, Nuevo-Leon, San Luis, Chihuahua, Durango, Sonora y Sinaloa, proyecto que fué abandonado al ser vencidos los reaccionarios en Puebla, cuya campaña quiso Comonfort hacer personalmente: envió escalonadas las brigadas Zuloaga y Tracónis, Ghilardi, Parrodi, Echeagaray, Trias y Portilla, y á varios cuerpos auxiliares que hicieron subir á once mil quinientos el número de soldados reunidos en el cuartel general de Ayotla el 24 de Febrero, llevando numerosa y buena artillería que faltaba á los pronunciados, parque y municiones para un sitio de dos meses, y dejó en la capital cuatro mil guardias nacionales, sosteniendo todas las fuerzas con recursos extraordinarios. Comonfort salió de la capital el 29 de Febrero al medio día, entró á San Martín el 1º de Marzo é hizo levantar allí fortificaciones que le habian de servir de base para las operaciones futuras; examinó por sí mismo el terreno para señalar al ejército las posiciones en la marcha, considerando que la caballería enemiga era superior á la suya.

Seguian bien los preparativos para la campaña, cuando vino á complicar la situacion un decreto de Vidaurri, para que Nuevo-Leon y Coahuila formaran un solo Estado, dando por razon que así podrian resistir mejor las incursiones de los bárbaros y de los tejanos, y suponía que dicha union habia sido reconocida por Comonfort en el hecho de no entenderse más que con una persona como gobernador de aquellas dos entidades políticas. Vidaurri resolvía sin facultades un cuestion que afectaba muy delicados intereses y que debió haber reservado para el Congreso. La importancia de este suceso perdió su interes ante el inmenso que presentaba la campaña de Puebla, cuyos sucesos, aun los más insignificantes, tenían en ansiedad á todos los partidos. Estando la fuerza moral de parte del gobierno, era seguro el triunfo de la libertad: de todas partes le fueron enviados al gobierno recursos y gente, trabajando en vano los agentes reaccionarios para impedirlo. La pronta ocupacion de Puebla era urgente porque cada día crecían la ruina del comercio, la parálisis de los negocios administrativos y el gravámen que soportaba el erario; las comunicaciones con Veracruz estaban cortadas y la falta de seguridad en todos los ramos administrativos hacia más dura la situacion. Comonfort recorrió el territorio de Tlaxcala, el 5 de Marzo pasó revista á las tropas en San Martín y avanzó hasta situar su cuartel general en Río Prieto; los reaccionarios retiraron sus avanzadas á Puebla donde continuaban los frecuentes novenarios y los triduos á las imágenes de más nombradía, aprovechando esas fiestas los clérigos y los frailes para extender su propaganda; los sublevados subsistian con recursos del clero, que agotados fueron sustituidos por los préstamos impuestos á los comerciantes.